

SCHUMPETER EN TIEMPOS POSKEYNESIANOS*

En 1918, en un café situado frente a la Universidad de Viena, Max Weber se sentaba con sus amigos Felix Somary y Joseph Schumpeter para discutir asuntos de actualidad. ¿Cómo se suponía que debían interpretar la Revolución de Octubre y la actuación de los bolcheviques? Schumpeter sugirió que por fin el marxismo obtendría una verdadera prueba de laboratorio. Weber repuso que sería un laboratorio lleno de cadáveres, puesto que los bolcheviques están llevando a cabo el experimento. «Todas las salas de anatomía son iguales», replicó Schumpeter. De este modo, el tono de la conversación fue subiendo hasta que el sociólogo de la neutralidad valorativa pronto se marchó, dejando plantado a su extraño homólogo austriaco.

Lo extraño de Joseph Alois Schumpeter va más allá de su compleja personalidad: si públicamente fue un encantador aspirante a aristócrata, en el ámbito privado era un melancólico torturado que construyó un culto solitario en torno a sus amores perdidos. Su independencia intelectual le diferencia de otros economistas, que encuentran difícil categorizar sus logros. Teniendo en cuenta la «destrucción creativa» asociada a su nombre, algunos han clasificado a Schumpeter como nietzscheano; sin embargo, numerosos pensadores críticos han celebrado la negación del orden existente. Su antiguo discípulo James Tobin hablaba de Schumpeter como del economista que puso el marxismo patas arriba, lo cual parece más ajustado, habida cuenta, añadimos nosotros, que esta operación sólo puede llevarnos de nuevo a Hegel. Como Hegel, Schumpeter consideró todo progreso como una negación determinada, una destrucción que es, en sí misma creativa. Su respuesta fue familiar: debemos permanecer estoicamente ante el altar del sacrificio. El malestar temporal provocado por las recesiones o incluso generaciones enteras de privaciones constituían para él las condiciones de la prosperidad material. Si se pudiera lograr que los trabajadores y los políticos lo entendieran, en lo que es quizá un corolario burgués a la teoría del Conocimiento Absoluto, se darían cuenta de que el capitalismo ha de ser celebrado incluso durante los peores momentos de fracaso del merca-

* Thomas McCraw, *The Prophet of Innovation. Joseph Schumpeter and Creative Destruction*, Londres y Cambridge (MA), Belknap Press, 2007, 719 pp.

do. Así, pues, Schumpeter se está convirtiendo en el economista del momento: con todas las variantes del keynesianismo agotadas, suele ser invocado cuando se quiere argumentar que es mejor dejar que todo arda, ya que el fuego es lo que permite que el capitalismo renazca, como un fénix, de las cenizas.

Dado el desencanto general ante el intervencionismo económico, se podría esperar que las versiones retrospectivas de la obra de Schumpeter prevalecieran sobre su eterno rival de Cambridge, John Maynard Keynes: la historia del siglo xx ha mostrado cómo el capitalismo puede respirar sin su tienda de oxígeno. Sin embargo, este discurso resulta demasiado simplista y dudo de que un antagonista como Schumpeter hubiera accedido a él. Es más, los que ahora se asoman a su obra no son solamente los fundamentalistas del mercado libre, quienes le identifican completamente con el contenido de su frase más célebre. *The Prophet of Innovation*, de Thomas McCraw ofrece apoyo procedente de sectores increíbles, especialmente si consideramos la crítica de McCraw a Schumpeter por no haber valorado, aparentemente, al «más grande presidente de Estados Unidos del siglo xx», Franklin Delano Roosevelt. ¿Cómo se supone que debemos interpretar estas lealtades cruzadas en el seno de la economía académica estadounidense?

Como sugiere su título, la presente biografía puede considerarse una continuación de la obra de McCraw *Prophets of Regulation* (1984), ganadora del premio Pulitzer, que ensalzaba las virtudes de regular el capitalismo en plena era Reagan. Esta obra censuraba las matemáticas económicas de Milton Friedman y su Escuela de Chicago, que tomaron la falta de regulación como una premisa, «una asunción tácita oculta tras explicaciones aparentemente académicas y presentada de formas teóricas». McCraw, historiador de la Harvard Business School, interpreta a Casandra hasta tal punto que se ha apartado de la investigación histórica, a favor de las abstracciones de los modelos matemáticos. Así, aunque no esté de acuerdo con sus políticas, McCraw sin duda apoya la metodología económica de Schumpeter y ensalza constantemente su insistencia, durante los últimos años, en la necesidad de una interpretación histórica matizada de la esencia del capitalismo.

Esto es lo que más diferencia a Schumpeter de la ideología neoliberal y, en este sentido, el esfuerzo de McCraw por recordar su histórica mentalidad liberal resulta encomiable, aunque no original. Las biografías de Richard Swedberg y Robert Loring Allen de la década de 1990 se aproximaron a Schumpeter para realizar críticas similares al consenso metodológico imperante. McCraw no explica por qué Schumpeter necesita otra biografía, al margen de una poco probada afirmación de que la obra de Allen está desigualmente documentada, si bien cita a Allen demasiado a menudo como para que le creamos. Quizá solamente necesitaba un divulgador dispuesto a eliminar sus observaciones más sugerentes sobre el socialismo, dejándolo impecable y listo para el siglo xxi. Por otra parte, en sus ataques a las obsesiones matemáticas de su especialidad, McCraw ignora la muy influyente y resueltamente ahistórica crítica de estos modelos presente en

el legado de Carl Menger y la Escuela Austriaca, especialmente en la obra de Friedrich von Hayek. Se trata de un descuido desafortunado, ya que pocos pensadores hubieran estado mejor situados para combatir el surgimiento del libertarismo doctrinario que el propio Schumpeter.

Schumpeter nació en la pequeña ciudad morava de Triesch en 1883, año del nacimiento de Keynes y de la muerte de Marx. Cuando su padre, un fabricante de tejidos, murió en un «aparente accidente de caza», Johanna Schumpeter, junto con su hijo de cuatro años se mudó a la ciudad austriaca de Gratz, algo más grande, supuestamente para proporcionar una mejor educación a Joseph. McCraw no menciona, sin embargo, los rumores sobre el origen de las facciones oscuras de Schumpeter, pero Swedberg especulaba que podía haber sido el hijo ilegítimo del general retirado Sigmund von Kéler, con quien se casó su madre cuando Joseph tenía diez años. Si esto fuera cierto, habría proporcionado a Schumpeter la ascendencia aristocrática que tan claramente deseaba. El matrimonio fue bien calculado, ya que ofreció al pequeño Joseph las credenciales necesarias para asistir al Theresianum de Viena, el Eton del Imperio austrohúngaro. Allí, Schumpeter llegó a dominar seis lenguas y descubrió la pasión de montar a caballo, que le acompañaría toda la vida. Debido a la prematura muerte de su padre, desarrolló también un apego patológico hacia su madre, que sólo deseaba que triunfara en la vida. McCraw sugiere que Johanna podría haber sido el modelo que inspiró la teoría de su hijo sobre el emprendedor, teniendo en cuenta su ascenso social desde la viudedad a la nobleza en tan sólo seis años. Sin embargo, es más probable, en lo que respecta a las influencias personales, que las fantasías sobre su padre ausente motivaran en realidad este interés: Schumpeter procedía supuestamente de un largo linaje de emprendedores menores.

Cuando abandonó el Theresianum, Schumpeter ingresó en la Universidad de Viena. Oficialmente estudió Derecho ya que la economía no era todavía una disciplina independiente. McCraw resume brevemente el contexto histórico en el cual Schumpeter eligió su trayectoria académica. En primer lugar encontramos un imperio anticuado, muy por detrás de sus vecinos en la transición al capitalismo y que sufría visiblemente su relativo atraso. Schumpeter leyó sobre las economías más avanzadas de Gran Bretaña y Alemania y quedó fascinado por su creciente prosperidad. Esta fue la *belle époque*: la economía mundial había salido a mediados de la década de 1890 de una grave crisis y, al otro lado del Atlántico, los grandes barones ladrones estaban de nuevo en auge. McCraw evoca brevemente el ambiente cultural de la época, aunque apenas explica cómo Viena llegó a convertirse en el escenario en el que se desarrolló un fermento intelectual de tal riqueza: la ciudad de Schiele y de Klimt, Musil y Kraus, Loos y Freud no es más que un pasivo telón de fondo.

Schumpeter participó en un seminario de la universidad conducido por Eugen von Böhm-Bawerk que contaba con un gran elenco: Otto Bauer, Rudolf Hilferding, Emil Lederer y Ludwig von Mises se encontraban entre

los alumnos. Todas las incursiones posteriores de Schumpeter en la política, si bien breves, se producirían a la sombra de los socialistas que conoció en aquella clase. Tras graduarse en 1906, Schumpeter viajó a París, Londres y Oxford. En Gran Bretaña se casó con la aristócrata inglesa Gladys Ricarde Seaver –seguramente siguiendo el ejemplo de su madre al casarse con una persona de clase alta–, sin embargo esta fue una relación abierta: Schumpeter era de los que saben conseguir lo que quieren y tenía una marcada tendencia a describir sus orgías y su aventuras amorosas. La pareja se mudó a El Cairo, donde Schumpeter trabajó como abogado para la familia real. Allí escribió su primer libro: *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* (La naturaleza y la esencia de la economía teórica), un intento de cerrar un debate sobre los métodos que venían dividiendo a la economía de habla alemana desde la década de 1880. Este *Methodenstreit* se debatió violentamente entre la Escuela Histórica alemana de Gustav von Schmoller y la economía teórica austriaca de Carl Menger hasta principios del siglo xx. La primera se desarrolló a partir de la tradición cameralista de la política alemana, esencialmente como una empresa de recolección de datos; siendo uno de sus propósitos inmediatos ayudar a gestionar la economía alemana. Schmoller desdeñaba los intentos de teorizar prematuramente y consideró la obra de Adam Smith como el ejemplo más claro. La economía austriaca, por el contrario, trataba de redefinir la teoría de los precios sin hacer referencia al coste de mano de obra de la producción y centrándose en las nociones subjetivas de la utilidad marginal, esto es, el valor que tiene para cualquier individuo la siguiente unidad de un producto determinado (lo cual explica por qué, por ejemplo, los diamantes son más valiosos que el agua). Si bien el alumno de Menger, Böhm-Bawerk, fue profesor de Schumpeter en la Universidad de Viena, la mayor influencia sobre Schumpeter en este periodo fue la obra del economista suizo León Walras, quien en la década de 1870 ideó modelos matemáticos de equilibrio económico general. Esta relación no aparece suficientemente explicada por McCraw, a pesar de que ayuda a aclarar la posterior trayectoria austriaca de Schumpeter.

Al escribir *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* en 1907, la preocupación principal de Schumpeter era consolidar la economía como un discurso científico. En este caso, la ciencia no se relacionaba con la verdad de una construcción teórica sino con la utilidad de esa elaboración a la hora de entender un fenómeno en particular. De acuerdo con este fundamento pragmático, Schumpeter se enfrentó a la Escuela Histórica: su crítica de la teoría como tal confundía la naturaleza de la empresa teórica. Entretanto, en los desacuerdos entre los marginalistas sobre las matemáticas, Schumpeter se alineó con los walrasianos: mientras Menger justificaba su postura en términos de metafísica aristotélica, los walrasianos hablaban sólo de observación y medición. En la medida en que la comprensión científica de Schumpeter primaba la trascendencia práctica sobre los fundamentos filosóficos, su elección de la teoría walrasiana del equilibrio resultó fácil. Esta polémica constituyó aparentemente un duro golpe para los marginalistas austriacos que no se atrevieron a contestar hasta 1911.

Un triunfal regreso a casa siguió a la publicación de *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, aunque no tan clamoroso como hubiera esperado Schumpeter, puesto que el libro pasó prácticamente desapercibido en un medio alemán aún dominado por Schmoller y sus seguidores. En cualquier caso, significó el primero de toda una serie de récords: Schumpeter se convirtió en el primer economista austriaco que obtuvo el título de *Privatdozent* –lo cual le permitía enseñar en cualquier parte del Imperio– y empleó el texto como *Habilitationsschrift*. En 1909 Schumpeter comenzó un periodo de dos años en Czernowitz, en el extremo oriental del Imperio –allí venció en un duelo a un bibliotecario que se negaba a dar libros en préstamo a sus estudiantes– antes de lograr una cátedra en su vieja ciudad, Gratz, donde llegó a ser el catedrático más joven de su disciplina.

En 1911 publicó *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* [Teoría del desarrollo económico], en la cual expuso sus ideas más representativas por primera vez. Este segundo libro demostraba que, si bien Schumpeter se movía en la órbita de la Escuela walrasiana, para consternación de sus colegas austriacos, su lealtad era del orden de una inmanente trascendencia. Partiendo de un estático equilibrio walrasiano, Schumpeter demuestra rápidamente su incapacidad para explicar el dinamismo económico característico del capitalismo. Llegado a este punto, sin embargo, excluía expresamente cualquier dimensión histórica de su proyecto, centrándose, no en los sucesos concretos, sino en el abstracto «mecanismo de cambio». Schumpeter pensaba que la suma total de los cambios reales provocados por la economía no tenían efecto sobre el propio mecanismo, una suposición que más tarde él mismo cuestionaría.

En el núcleo del modelo dinámico de Schumpeter encontramos cinco tipos de innovación: la introducción de un nuevo bien, la introducción de un nuevo método de producción, la apertura de un nuevo mercado, la apertura de una nueva fuente de materias primas y la reorganización de una industria. A diferencia de los desastres naturales o incluso de las catástrofes políticas, estas innovaciones son endógenas al capitalismo. Sin ellas, ningún ajuste infinitesimal del equilibrio podría explicar el desarrollo: «Añada sucesivamente tantos vagones correo como desee, pero no por ello conseguirá un ferrocarril». Esto constituyó un escándalo en el ámbito de la economía teórica. Walras había enfatizado la fundamental pasividad de los mercados a la hora de reaccionar a los desequilibrios introducidos desde el exterior; aquí los mercados son activos. Es más, en todas las teorías sobre la utilidad marginal el agente era típicamente el consumidor; aquí es el productor. Las innovaciones, de acuerdo con Schumpeter, aparecen en el extremo de la oferta: si se van a introducir nuevos productos, primero debe crearse la demanda.

A continuación Schumpeter estableció que las innovaciones sólo son posibles si se fundamentan en el crédito: los bancos no gestionan simplemente el dinero existente sino que también lo crean. Hoy está ampliamente

aceptada esta función creativa, de acuerdo con el *Treatise on Money* (1930) de Keynes; sin embargo, en aquel tiempo, fue un postulado original. Schumpeter desperdiciaría después algunos años escribiendo un libro similar sobre el dinero, pero lo dejó tras quedar eclipsado por su prolífico homólogo. De acuerdo con Schumpeter, el crédito existe principalmente para financiar las innovaciones y, cuando los bancos prestan dinero, seleccionan aquellas empresas con más probabilidades de reducir costes y generar temporalmente superbeneficios para el innovador. Al fin y al cabo, las empresas innovadoras sólo pueden devolver el dinero al banco cuando generan estos superbeneficios. La teoría de la creación de crédito de Schumpeter le permitió asignar al capitalista el papel de mero proveedor de fondos. El empresario fue situado en el centro de la escena como la principal fuerza motriz: ni siquiera es ya quien asume los riesgos, puesto que juega con el dinero de otros. Schumpeter ensalzó a los empresarios como personas con capacidades sobrehumanas, aunque más tarde admitiría que adoptan una pose más casera en comparación con sus aristocráticos antecesores.

A partir de esta teoría, Schumpeter se convirtió en una de las nuevas promesas de la economía en lengua alemana. Weber le encargó un breve libro sobre historia de la economía que, si bien inspiraría la futura fascinación de Schumpeter por el tema, McCraw apenas menciona. Otros proyectos de breves libros quedaron aparcados tras el estallido de la Gran Guerra que motivó que los intereses de Schumpeter pasaran de la publicación de libros a la política.

Su primera incursión en política tuvo lugar a través de los memoranda que escribió durante la guerra al político monárquico Heinrich Lammasch, en los cuales rechazaba la posibilidad de una unión aduanera con Alemania. «Considera lo que todo ello significa», escribió: «Una Europa central prusiano-luterano-militarista se enfrentaría a partir de ahora al resto del mundo como un animal depredador». Schumpeter, en cambio, soñaba con que Austria terminara el combate con una paz negociada separadamente; de este modo podría establecer un frágil gobierno popular inspirado en la democracia *tory* de Inglaterra y continuar su modernización. Asimismo, adoptó el papel de intelectual público y dio conferencias sobre la situación de Austria. La guerra se había cobrado multitud de vidas humanas, más de un millón de soldados del Imperio murieron y, al menos tres veces esa cantidad, resultaron heridos, mientras la escasez de alimentos y de combustible, unidos a la inflación galopante pesaban abrumadoramente sobre la población. Schumpeter tuvo su primera oportunidad de entrar en la escena política cuando sus antiguos compañeros de clase Hilferding y Lederer le pidieron que se uniera a la Comisión Alemana de Socialización a principios de 1919. Finalmente firmó el informe de la Comisión, que recomendaba la socialización, no la nacionalización, de la industria alemana del carbón. McCraw no menciona que Schumpeter podría haber firmado el informe de la minoría que cedía menos terreno a los socialistas y también entierra en una cita dos observaciones que hizo Schumpeter sobre su papel en la Comisión que dan idea de su mentalidad independiente: «Si alguien quiere suicidar-

se, está bien que un médico esté presente» y «No sé si el socialismo es una posibilidad práctica, pero... probarlo será un interesante experimento».

Tampoco se menciona un texto sobre «Zur Soziologie des Imperialismus» [Sociología del imperialismo] de 1918. En él, Schumpeter enumera la trayectoria de la voluntad de conquista, plagada de cadáveres desde el antiguo Egipto hasta los tiempos modernos. Asegura que, teniendo en cuenta esta larga historia, el imperialismo no puede ser exclusivo del capitalismo y anuncia incluso que en sí mismo el capitalismo es realmente antiimperialista e, incluso, pacifista. Sin embargo, continúa explicando las numerosas razones por las que los países capitalistas, enfrentándose a la creciente competitividad entre ellos, podrían encontrarse incapaces de resistirse a la ofensiva imperialista y su inevitable final en una guerra total, una situación, se lamenta, «verdaderamente insostenible tanto política como económicamente». En una cita Schumpeter discrepa con Marx: la sociedad «tiene que crecer más allá del capitalismo, pero esto sucederá porque los logros del capitalismo probablemente lo harán superfluo y no porque sus contradicciones internas hagan imposible su continuación», y destaca: «deseo, sin embargo, descartar cualquier interpretación en el sentido de que considero que el capitalismo es la fase *final* de la evolución social, como algo que existe por necesidad natural». McCraw no toma en cuenta esta opinión en su valoración, omisión que su objeto de estudio posiblemente hubiera aprobado si hubiera estado vivo hoy.

La segunda y última incursión en política de Schumpeter fue como ministro de Economía en el gobierno socialista austriaco de la Primera República, siendo elegido en febrero de 1919. Había sido recomendado por otro antiguo compañero de clase, Otto Bauer, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores. Schumpeter regresó a Viena donde se instaló en la vida disipada, compró un caballo y recorría la ciudad en carruajes con una prostituta en cada rodilla. Como ministro de Economía propuso un impuesto sobre el capital para acabar con la inflación, con el cual el Estado recaudaría un porcentaje de todos los activos líquidos. Los periódicos citaron su explicación: «La operación termina en el horno en el que todo el efectivo y los títulos que caigan en manos del Estado deben arder». No fue precisamente la mejor manera de presentar al público una política controvertida, especialmente en una época de crecientes tensiones políticas y en la que mucha gente estaba muriendo de hambre en la capital de la nación. Las intrigas con diplomáticos extranjeros, parece que por la venta de empresas austriacas a los inversores extranjeros; su presentación de propuestas a la prensa antes de ser discutidas en el parlamento; su oposición pública a la unificación con Alemania, que los socialistas apoyaban; así como el desbaratamiento general de las maniobras del gobierno durante las discusiones sobre el tratado de paz: todos estos errores garrafales llevaron a su destitución transcurridos tan sólo siete meses.

Un desastre aún mayor tuvo lugar cuando, en 1920 el gobierno austriaco otorgó a Schumpeter una concesión que le autorizaba a gestionar un ban-

co. Se convirtió en presidente del Biedermann Bank y, además de un generoso sueldo, recibió una expansiva línea de crédito; fiel a sus teorías, retiró estos fondos para invertirlos en una serie de empresas innovadoras. Cuando la bolsa de valores vienesa se hundió en 1924, lo perdió todo y tardaría más de diez años en pagar sus deudas. Es más, la presunta participación en asuntos turbios le perseguiría allá donde trataba de obtener una cátedra. De este modo, Schumpeter abandonó la política y los negocios tras haber fracasado en ambas esferas y, puesto que había renunciado a su puesto en la universidad antes de trabajar en el banco, se vio obligado a ingresar en el mercado de trabajo.

En medio de su crisis profesional, Schumpeter se enamoró de Annie Josefine Reisinger, hija del portero del edificio de apartamentos de Viena donde creció. Annie era veinte años más joven que Schumpeter, pero, lo que es más importante, era de clase obrera. Una vez que hubo obtenido una plaza en la Universidad de Bonn gracias a la mediación de unos amigos, se casaron en 1925; el jurista Hans Kelsen fue el padrino. La unión no fue del agrado de su madre, pero los problemas domésticos no quedaron ahí. En el transcurso de un año su madre había fallecido y dos meses más tarde lo haría Annie al dar a luz. Estos dos sucesos le destrozaron. Tras atravesar una grave depresión, quedó sumido en una persistente melancolía e hipocondría e inició la extraña práctica de copiar y anotar el diario de Annie. En su propio diario solía dirigirse a su madre y a su esposa como *die Hasen*, apelativo cariñoso que significa «conejos», les pedía que velaran por él, les daba las gracias cuando tenía éxito y se disculpaba cuando fracasaba. Estos rituales continuaron hasta su muerte, incluso después de que se trasladara a Estados Unidos y volviera a casarse.

Como profesor en la Universidad de Bonn, Schumpeter logró finalmente traer la economía teórica austriaca a Alemania, rompiendo así el monopolio que ejercía la Escuela Histórica sobre las universidades alemanas y convirtiendo la ciudad en un epicentro del pensamiento económico innovador. Schumpeter trabajó para conjurar su colapso mental, dedicando gran parte de su tiempo a escribir un libro sobre el dinero, que finalmente abandonó y también a dar conferencias en Europa y Japón con la esperanza de saldar sus deudas algún día. Resulta significativo que Schumpeter fuese invitado a dar clases en Harvard; cuando el escándalo sobre su fiasco bancario le impidió acceder a una plaza en la Universidad de Berlín, aceptó la oferta de Harvard de un puesto permanente en 1932.

En Estados Unidos, Schumpeter vivía con el economista, viudo y mayor que él, Frank Taussig, que había intercedido para conseguirle el puesto y le proporcionaba un mínimo de estabilidad. Mientras Europa estaba dividida como consecuencia de las tensiones políticas –el auge del fascismo en Alemania e Italia, la Guerra Civil en España, los gobiernos del Frente Popular en Francia acuciados por los problemas– la vida personal de Schumpeter transcurría dentro de una relativa monotonía, si bien acompañada siempre de una profunda depresión. Algunos episodios contribuyen

a redondear la vida de esta figura: en 1937 Schumpeter contrajo matrimonio con Elizabeth Boody Firuski, una economista especializada en la rápida industrialización de Japón. Al ser diabética, los médicos le habían recomendado que no tuviera hijos, y de este modo Schumpeter perdió la esperanza de tener descendencia. El FBI de Hoover investigó a ambos con motivo de sus opiniones durante la guerra; McCraw documenta los torpes intentos de los agentes para sorprenderlos. Asimismo, dedica un capítulo entero a la cuestión de si Schumpeter dejaría Harvard para ir a Yale, cosa que finalmente no haría.

Durante la década de 1930 Schumpeter subestimó sistemáticamente a Hitler y a los nacionalsocialistas. En 1939 hizo pública su convicción de que la victoria de Alemania traería consigo un mayor equilibrio entre las potencias europeas. El entorno social de Harvard le condenó a un mayor ostracismo cuando Estados Unidos entró en la guerra y él expresó su horror ante los bombardeos sobre Alemania y Japón, sin duda una destrucción carente de cualquier potencial creativo. Mientras tanto, su atención se centraba en la amenaza del Este: Schumpeter se mostraría cada vez más crítico con el creciente poder de la Unión Soviética. En cuanto a la depresión económica que asolaba el país, su fórmula fue sencilla y, sin duda menos embarazosa que la estrategia de no intervenir que recomendaron Hayek y sus homólogos de la London School of Economics. A principios de la década de 1930, había recomendado «un único esfuerzo de gasto público de emergencia de 9.000 millones de dólares... el triple del presupuesto anual federal cuando Roosevelt asumió la presidencia». Aunque Schumpeter despreciaba profundamente a Roosevelt, no era la envergadura de las potenciales medidas paliativas lo que le preocupaba, sino la perspectiva de una postura intervencionista más permanente.

Schumpeter publicó su siguiente libro importante, *Business Cycles*, en 1939. Como consecuencia del prolongado hiato, resultado de sus agudas alteraciones mentales, el libro se publicó dos años después de la *General Theory* de Keynes. Desde entonces, la obsesión por Keynes no dejó de aumentar y la obra de Schumpeter pasó bastante desapercibida, incluso entre sus propios estudiantes de Harvard. En su diario, Schumpeter se criticaba por carecer de un cierto carisma weberiano que le hubiera permitido distraer la atención que recibía el inglés, sin duda más elocuente.

Cada ciclo económico, de acuerdo con Schumpeter, resulta de una innovación particular que, a cambio, genera una serie de innovaciones relacionadas ascendentes y descendentes a partir de la primera. A medida que más empresarios entran en escena, las posibilidades inherentes al movimiento inicial se van agotando. El modelo de negocio se establece entonces en una nueva norma y las empresas más antiguas se adaptan o fracasan. Por encima de este ciclo primario interviene otro secundario que dificulta identificar «la antorcha responsable de la conflagración». Otras empresas e, incluso, familias sin una relación especial con la oleada creciente de innovaciones, se benefician de la conmoción resultante para expan-

dir su propia producción y consumo. Cuando el ciclo primario sigue su curso, sin embargo, aquellos que dependían de la expectativa de mayores ingresos para financiar nuevas adquisiciones se encuentran súbitamente con deudas imposibles de manejar. De este modo, la transición hacia una nueva norma toma la forma de recesión o depresión antes de asentarse.

Schumpeter había esbozado gran parte de este proceso al final de *The Theory of Economic Development*. *Business Cycles* significó la continuación lógica de estas ideas pero su originalidad, amplitud y verdadero interés proceden de la aplicación de sus teorías al material histórico que describen. Probablemente, Schumpeter tomó este giro histórico porque se dio cuenta de que era la mejor forma de defender el capitalismo tras la llegada de la Gran Depresión: años de desempleo masivo y prácticamente ningún crecimiento habían llevado a que muchos firmaran la sentencia de muerte del sistema. Para Schumpeter el pasado mostraba que estos disturbios no debían provocar alarma: el capitalismo había superado felizmente estas crisis en otras ocasiones; esta depresión no era mucho peor que la que había tenido lugar entre 1873 y 1896.

De este modo, Schumpeter pasa a la *longue durée* para demostrar que los momentos de gran prosperidad y los de profunda depresión son parte integrante de la lógica capitalista del desarrollo. De manera magistral conduce a los lectores a través de 150 años de historia empleando el esquema teórico de las tres ondas largas de Kondratieff y otras, innumerables, más cortas. Schumpeter adopta este modelo como una aproximación útil y bien dispuesta, explica, a la verificación estadística. Sin embargo, recuerda a los lectores que los ciclos económicos se despliegan tan sólo como resultado de las innovaciones: el desarrollo de fábricas, ferrocarriles, electrificación y automóviles. A pesar de estas advertencias, el esquema de ciclos de longitud relativamente fija sería la perdición del libro. En este sentido, McCraw cita a Paul Samuelson, uno de los mejores alumnos de Schumpeter y un formidable economista también: el proyecto «empezó a oler a pampelinas pitagóricas». Otros economistas, en la medida en que estaban interesados, expresaron dudas similares. McCraw atribuye su falta de interés principalmente a la mala edición: la presentación de Schumpeter no podía compararse a la pulcra elegancia de la *General Theory* de Keynes y, además, resultaba demasiado larga para un libro.

En un nostálgico experimento mental, McCraw propone su propia reorganización del material en tres volúmenes: el primero sería una incursión en la teoría de las ondas simultáneas; el segundo un análisis de los sucesos que llevaron a la Gran Depresión. El tercer volumen abordaría la larga y detallada historia del capitalismo en Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania. McCraw asegura que esta recopilación habría sido una obra maestra que habría «señalado el nacimiento de una rigurosa y nueva subdisciplina: la historia de la empresa». Esa disciplina es, naturalmente, creación de McCraw y su biografía debe entenderse como un tributo a un maestro que podría haber sido. La historia de la empresa tendría que esperar al

profesor del propio McCraw, el recientemente fallecido Alfred D. Chandler Jr., un schumpeteriano confeso y estudiante de licenciatura en Harvard cuando Schumpeter daba clase allí.

Después de la decepcionante respuesta que obtuvo *Business Cycles*, Schumpeter buscó un nuevo proyecto. Mientras tanto, escribió un libro de ensayos que sería recordado como su obra maestra: *Capitalism, Socialism, Democracy*. En su publicación inicial de 1942 pasó también bastante desapercibido; sin embargo, en el renovado clima de la posguerra, la segunda edición de 1947 tuvo un éxito creciente e hizo famosos a Schumpeter y a sus empresarios.

Capitalism, Socialism, Democracy empieza con una extensa meditación sobre la obra de Karl Marx, el primero en teorizar que la estructura del capitalismo produce un modelo de desarrollo a largo plazo. De acuerdo con Schumpeter, Marx estaba, sin embargo, equivocado sobre la dirección que tomaría este desarrollo. La dependencia de la teoría del valor-trabajo le condujo, por un sendero serpenteante, a la conclusión de que el creciente desempleo tecnológico haría bajar los salarios y empobrecería a los trabajadores. Al final ha ocurrido lo contrario: los salarios reales han aumentado de manera constante desde la Revolución Industrial como porcentaje de la renta total. En una nota final, McCraw menciona que Schumpeter está tan equivocado ahora como lo había estado Marx en su época: «desde la década de 1980, la participación porcentual de los trabajadores en la renta nacional total ha iniciado un lento declive en numerosos países, de forma más notable en Estados Unidos»; pero McCraw no se esfuerza en explicar la discrepancia. Schumpeter a menudo elogia a Marx por emplear una combinación «química» de teoría e historia. Para Marx, la historia no sirve solamente como un cúmulo de ejemplos en los que inspirarse, sino que también debemos detenernos en ella ya que modula de muy diversas formas la evolución capitalista. Schumpeter comenzó a preparar su propia mezcla química en *Business Cycles*, concluyendo que la onda más corta de Juglar, de la década de 1930, manifestaba características irregulares, que él atribuía a los cambios que estaban teniendo lugar en el entorno social en el que se desarrolla el capitalismo. Aquí podemos observar los primeros intentos de Schumpeter por describir cómo el abstracto mecanismo de cambio puede ser transformado por la serie de cambios que induce. En *Capitalism, Socialism, Democracy*, estas transformaciones tienen una importancia central.

Marx predijo que el capitalismo se debilitaría a sí mismo económicamente, una proposición que Schumpeter ponía en duda. Por el contrario, afirmaba que en los siguientes cincuenta años se podía esperar tanto progreso como el que se había producido en los cincuenta años anteriores. En 1978 Estados Unidos sería tan rico que podría permitirse todo tipo de programas de justicia social. Resulta irónico que eligiera precisamente esta fecha que coincide prácticamente con el comienzo del dismantelamiento neoliberal de cualquier magra red de seguridad social que se hubiera lo-

grado previamente. Dejando a un lado estas predicciones equivocadas, el texto de Schumpeter tiene mucho que ofrecer. El elemento central es la discusión sobre la destrucción creativa. Aunque Marx había descubierto que existen ciclos económicos regulares, Schumpeter sentía que no explicaba sus causas fundamentales. Si hubiera encontrado estas causas hubiera tenido que reconocer que los ciclos son la virtud del capitalismo, no su vicio. La amenaza de ir a la zaga genera una presión constante por mantener o, incluso superar, el ritmo general de progreso: los ciclos económicos sencillamente cumplen esa amenaza. Schumpeter aplica este modelo a las empresas a gran escala que se habían convertido en la piedra angular de un debate sobre la competencia imperfecta y su efecto desalentador sobre el ritmo general de progreso. Aquí había una teoría contemporánea sobre el desmoronamiento económico del capitalismo, que Schumpeter aniquila con entusiasmo.

Para Schumpeter la competencia imperfecta es siempre temporal: debido a su falta de conocimientos generales sobre historia económica, los teóricos no han sido capaces de apreciar que todo lo que hacen las empresas para obtener una ventaja «desleal» sólo funciona durante un tiempo corto, transcurrido el cual hasta las empresas más grandes tienden a plegarse ante los competidores nuevos e innovadores. Es más, insiste, las grandes empresas que compiten de manera imperfecta son más innovadoras, no menos, que las empresas más pequeñas en perfecta competencia con las demás. Las estadísticas revelan que «la eficiencia actual de la maquinaria de producción capitalista en la era de las unidades a mayor escala ha sido mucho mayor que en la era precedente de unidades pequeñas o medianas». Aquí, Schumpeter obtuvo una gran victoria sobre sus contemporáneos: cuando se reanudó la competencia internacional a mediados de la década de 1960 y en la de 1970, las empresas estadounidenses que se habían puesto como ejemplo de capitalismo monopolista se encontraron con un despliegue de competidores extranjeros más eficientes que pronto pusieron fin al control que aquellas ejercían sobre el mercado local.

Schumpeter pensaba que el capitalismo se debilitaba a sí mismo, no como consecuencia de ningún fallo económico espectacular, sino porque sus propios éxitos debilitaban los apoyos institucionales que necesita. Sin embargo, su razonamiento es cuestionable. Por una parte, asegura que el capitalismo ha erosionado las bases del Antiguo Régimen, que previamente constituía un caparazón protector para el desarrollo económico. La burguesía es una clase de idiotas políticos incapaces de hacerse con las riendas del gobierno: «Un genio de los negocios podría mostrarse, como a menudo sucede, tímido y nervioso fuera de este ámbito, tanto en el salón de su casa como en el estrado». Por otra parte, en la era de las grandes empresas, los equipos de investigación y desarrollo tienden a desplazar al empresario individual como agente innovador. Los antiguos grandes empresarios fueron los últimos que tuvieron intereses en los mercados competitivos y en la propiedad privada. En su ausencia, los intelectuales desafortunados convencerán a las masas de que su salvación está en el socialismo

y no quedará nadie que oponga resistencia. La historia ha demostrado que Schumpeter se equivocaba en ambos extremos y McCraw asegura a sus lectores que no deben preocuparse por el fin del capitalismo: esto eran divagaciones de un «elitista europeo, brillante, pero crónicamente deprimido, que había sido testigo de una catástrofe tras otra a lo largo de la sangrienta primera mitad del siglo xx».

McCraw considera igualmente innecesario analizar las afirmaciones de Schumpeter sobre el socialismo, reiterando en este sentido que deberían considerarse una sátira, del calibre de «A Modest Proposal» de Jonathan Swift. Esto resulta lamentable, puesto que McCraw deja pasar la oportunidad de lidiar con uno de los antiguos compañeros de clase de Schumpeter, el fundamentalista del mercado Ludwig von Mises. En 1920 Mises afirmó que, puesto que el socialismo carece de un mecanismo de precios —que proporciona información clave a los productores en una economía de mercado—, sería imposible determinar eficazmente qué y cuánto producir. De este modo se inició el debate sobre los problemas del cálculo en el socialismo que duraría hasta bien entrada la década de 1930, trasladándose después del continente hasta Gran Bretaña, donde Hayek renovó los argumentos de su mentor con un volumen de traducciones. Las críticas a Schumpeter realizadas por Mises y Hayek cerraron este debate al declarar que los defensores del socialismo habían vencido: las economías socialistas necesitarían algo parecido a un mecanismo de precios, sin embargo habían demostrado que era posible construirlo. Es posible que Schumpeter haya creído que el socialismo debía ser temido, como asegura McCraw, pero su postura a favor de una ciencia sin juicios de valor hizo que le tuviera la consideración debida. De ahí, quizá, su amistad y su constante apoyo a su alumno, el marxista Paul Sweezy.

Hacia el final de la biografía de McCraw, Schumpeter parece haber dejado al lector con una sola pregunta: ¿es él o ella lo suficientemente fuerte como para resistir la agitación causada por la destrucción creativa? Una vez que se comprende cómo funciona el capitalismo, el desorden debe aceptarse como parte del proceso. A la larga, la calidad de vida no hace sino aumentar. Si se producen demasiados trastornos como consecuencia del empeoramiento de la economía, siempre se puede optar por un socialismo apenas diferente de lo que el capitalismo ofrece, salvo que está dirigido por una agencia central planificadora; el socialismo sencillamente sacrificará parte del crecimiento en aras de suavizar las turbulencias asociadas a las ondas cíclicas. Podríamos preguntarnos si lo único que añoramos en un orden social transformado son los modelos de crecimiento estable. ¿No hay nada más que criticarle al capitalismo que los altibajos del modelo del ciclo económico? La lectura de la obra de Schumpeter sugiere que, si buscamos causas más profundas para nuestro descontento, deberíamos considerar la historia que está detrás de los ciclos. Nos volvemos confiados si esperamos que la prosperidad venga mecánicamente a continuación de la depresión cuando lo que importa son las verdaderas innovaciones que son las que transforman progresivamente la existencia económica. Marx había

teorizado sobre una creciente reserva de mano de obra precisamente porque creía, a mediados de la década de 1860, que el futuro del capitalismo descansaba sobre unos procesos de producción relativamente automatizados, como ocurrió, por ejemplo, en la producción química. Con las tecnologías informáticas, que están transformando una industria tras otra de modo quizá cualitativamente distinto a las innovaciones que trajeron aparejadas automóviles y bienes de consumo duradero, cabría preguntarse lo que nos aguarda en el horizonte de la última crisis económica, que comenzó en la década de 1970 y cuyo fin aún no se contempla.

En el momento de su muerte, en 1950, Schumpeter dejó un manuscrito casi terminado sobre la historia de la economía, dado que cada vez le preocupaba más la creciente carencia de conciencia histórica en su especialidad. Tuvo una elegante retirada: «si empezara de nuevo mi carrera como economista y me dijeran que podía estudiar sólo una rama de la disciplina y que debía escoger entre teoría, estadística o historia, elegiría historia económica». Para justificar su elección Schumpeter adujo tres motivos: la economía es en sí misma un proceso histórico único; las instituciones que no son puramente económicas dan forma a ese proceso; y los errores de los economistas se deben normalmente a su ignorancia de la historia. McCraw quería que interpretáramos estos comentarios como una severa reprimenda a sus colegas. No nos cabe ninguna duda sobre su oportunidad.